

LAS SERENATAS

Tenía que ser noche serena. Tenía que haber luna. Tenía que estar de buen humor el comisario. Eran tres condiciones "si no, cuando" —como decía un canarito de cuyo nombre quisiera pero no debo acordarme... La verdad es que eran tres condiciones importantísimas; tan importantes, que si no se cumplían no teníamos más remedio que... "serenatear" con viento, noche y comisario en contra. Comisario; con el personal subalterno no había problemas. Mas de una vez algún milico franco anduvo entreverado en la fiesta. Es que de fiestas como aquellas podría enorgullecerse Treinta y Tres. Difícilmente se va a enorgullecer; pero realmente podría.

Por lo simples, por lo irresponsables y pobretonas, las serenatas eran hijas legítimas del pueblo viejo. Hijas chiquititas, de cuyo andar por las calles y las noches ni él se daba cuenta. Y tan inocentes, que "el polía más cosario" no se hubiese atrevido a tocarlas con un dedo por falta de un permiso, quejas de algún viejo desvelado o celoso o minucias por el estilo. Hubiese sido un abuso de autoridad.

...Y eran lindas, no hay nada que hacerle! Lindas desde afuera y desde adentro. Lindas para los serenateros; pero "lindas y otro poco" para los serenateados. Con las excepciones del caso, como todo. Que iban desde el gustador de la llamada "música buena", al hepático propiamente dicho; pasando por el caso de viejo (o vieja) ya referido. Felizmente, ni uno ni otro (ni otra) abundaban mucho en Treinta y Tres por esa época.

Ahora, eso sí: hay que distinguir estas serenatas romanticonas, que junto a otros tantos recuerdos como ellas, le evocan a uno el pueblo pasado, de otra cosa que también se llamaba serenata, pero que no era serenata. Y no era, precisamente por faltarle lo principal de lo que se entendía entonces por serenata. Es decir, la vocación; el "amor al arte" o amor a lo que fuera, pero amor. Eso le faltaba y era como faltarle el corazón. Pues en lugar del corazón llevaba un bolsillo. Grande, el bolsillo; en él cabían plata, botellas y algún otro bulto. Eso no era serenata. Empezó siendo una pechada muy mal disimulada con música, y terminó en negocio redondo. Más de una "barra de patos" se sintió con derecho a financiarse sus fiestitas en el monte con el producto de las salidas. Daba lástima oírlos. Lástima el canto, la música y sobre todo la dedicatoria, cosa ésta tan bien estudiada en una serenata de verdad. En aquello no; lo único que interesaba era mostrar el interés. Descaradamente. A tal punto, que los versos del ofrecimiento no conocían otra rima que no fuese con "ella" de botella, "eso" de peso o "aña" de caña. Ya era una vergüenza, y la policía tuvo que intervenir en serio. Pagaron las ingenuas, las auténticas serenatas. Se las empezó a reglamentar tan severamente, que sucumbieron. Rindieron así, ellas también, su tributo al profesionalismo. Cayeron en su ley, como tantas inocentadas del pueblo simplón y campechano, entre las telarañas de la ciudad moderna.

¿Quién iba a pensar en plata o en otras materialidades, entre aquellos cultores de las serenatas de verdad, cuya vanguardia integramos con Antenor Alvarez, Mauro Guasque, Pedro Martínez Saravia, Odemar Larrosa, Omar Justo Caétano, Luis B. Hernández, Juan Serna y tantos otros? ¿Quién, si casi nadie pasaba de los diecisiete años, y andábamos todos enamorados? ¿Quién iba a buscar *botellas* para rimar dedicatorias, si tras las ventanas del recorrido estaban *ellas* y allá arriba las *estrellas*?; ¿quién se iba a acordar de *pesos*, si sobraban *versos* y *besos*?; ¿quién de *caña* con *pestañas* de novia... *sañas* de su padre y *mañas* de su mamá?...

Salíamos, sencillamente, porque teníamos ganas de

cantar. ¿Cantar?... Bueno, lo que fuese; pero para nosotros, cantar. Decir en alta voz y en la alta noche, al compás o al descompás de uno o varios instrumentos, cosas que no podíamos decir de otro modo ni en otras circunstancias. ¿Por qué no podíamos? Volvemos a lo de los diecisiete años.

Por más que frecuentáramos el café y otros lados donde no debían ni podían ir —pero iban— los menores; por más que quebráramos el gacho y peleáramos con el sastre para que les diera la anchura de los hombres a los pantalones; por mucho humo que tragásemos y poses varoniles que gastáramos, era inútil. La edad no desmentía en aquello que dejaban al descubierto el atavío y los estudiados modales de machos. La barba no asomaba ni a razón de dos afeitadas por día, y el alma vuelta a vuelta nos andaba traicionando. Faltaban, pues, oportunidades; faltaba lugar, faltaba tiempo para decir lo que teníamos que decir y a quien queríamos decirlo. Ocurría entonces lo que tenía que ocurrir: que tratásemos de hacer nosotros las oportunidades, el lugar y el tiempo, para decir esas cosas que si no se dicen a determinada edad, ya no se dicen nunca más en la vida. Y ¿qué oportunidad más apropiada que la del silencio universal? ¿Qué mejor lugar que junto al oído —pared por medio— de aquella a quien iba dirigido el lírico mensaje? ¿Y qué otro tiempo que el de la noche toda y todas las estrellas?...

No podíamos tener novia. Tenerla en serio, como nosotros queríamos. Visitarla los martes, jueves y sábados de noche, y domingos de tarde, como hacía todo el mundo. Ir al fútbol y al cine con ella del brazo, aunque fuera con la madre y el hermanito siempre a la retaguardia. No se podía. Apenas una cualquiera de las múltiples partes interesadas —que iban desde los padres de ella, hasta los tíos cuartos o quintos de algún rival aventajado en preferencias— nos veía en la retreta arrimarnos a la que hacía semanas veníamos de "ojito" distinguiendo y siendo por ella distinguidos, caía sobre nuestras cabezas la condena de una implacable persecución. Y allí empezaba el lamentable juego del escondite, la "quebrada de la vuelta" en la plaza, la disparada por las calles laterales,

el esquivo fraudulento. Había que ser muy ágil, para pretender novia. Ágil y caradura. Y el que no lo fuera, que se resignase al triste papel de "buzón", "viudo", "huerfanito" o "soledoso".

No nos resignábamos. Pero eso no bastaba a nuestros fueros interiores. Ellos exigían la conquista total y definitiva del amor fugitivo y muchas veces preso y... con "imaginaria" a la vista. Como eso era imposible, y todo imposible se anuda y ahoga... nosotros nos desahogábamos echando a rodar aquel imposible por los espacios libres de las calles silenciosas y la noche honda.

Así nacieron las serenatas. Del amor prohibido por muy apurado. De un amor a corazón impaciente. Un amor de truenos y relámpagos; arremolinado, íntimo amigo de la noche, la muerte y cosas por el estilo; progenitor de versos disparadores como baguales campo afuera. Un amor más peligroso que el diablo en mangas de camisa!...

Salíamos. Nunca faltaba una guitarra, un violín o un bandoneón, para acompañar o medio acompañar. Elegíamos casi siempre el sábado o alguna víspera de fiesta, para poder tomar cuenta de la madrugada. El punto de concentración era la casa de uno cualquiera del grupo. Entre once y doce de la noche, estábamos todos reunidos y prontos. No siempre estábamos todos los que éramos ni solíamos ser todos los que salíamos. Pero nunca bajamos de la media docena y más de una vez pasamos de veinte. Cada cual con su tango, vals o milonga preferidos. Y cada tango, vals o milonga, como hecho a la medida de cada cual. Coincidencias asombrosas de letra y música con lo que nos andaba pasando. Tanto, que cada uno cantaba —o hacía cantar cuando le faltaba garganta o le sobraba emoción— en su propio nombre. Cosa de sentirse en el papel protagónico de la tragedia elegida. Hasta en esta elección estaba presente la edad. Cuanto más tierno el cantor, más tremenda la letra. Tajos, ambulancias, hospital y tumbas a granel, andaban dos por tres alternando con "ojos de azabache", "labios de coral" y "dientes de perlas". Porque la represión de aquellos amores con tanto fuego, provocaba la reacción del pretendiente contra la

pretendida. Ya fuese porque ésta se amoldara demasiado a las prohibiciones de padres, hermanos o tutores, o porque sencillamente prefiriera un camino más corto al matrimonio, que el que generalmente podía ofrecerle el cantor barbilampiño casi siempre estudiante; siempre (sin casi), "pelado". Y naturalmente, como en cientos de miles de tangos, nunca faltaba el "manate", el "bacán" o el "platudo", "candidato positivo al casorio", que, salvo excepciones, quería decir con más años y responsabilidad, que el pobre rascatripas de la ventana. Y había que ver a estos angelitos desplazados, agarrarse en un "mano a mano"... con la reja; o salir abriendo cancha "de puro guapo"... por entre sus compañeros de jornada; o clamar a gritos "matala, matala"... hasta dejar a la pobre guitarra con las tripas de afuera...

El itinerario de una "serenateada", se hacía consultando a todos y cada uno de los integrantes del grupo. Se consideraba el domicilio de cada una de las "fulanas", luego se les ordenaba, y finalmente rumbeábamos hacia la comisaría en pos del permiso. Se nos atendía deferentemente; se nos aconsejaba diferentemente.

—Miren que no es cuestión de confundir retreta con serenata, et!...

—Pierda cuidado!

—...ni con gallinas ajenas, eh!

—Qu'esperanza!...

Qué ocurrencia!... "Gallinas"!... Si se dijera pollas...

Generalmente nos "calaban". Tal vez por nuestras caras se percibieran nuestros corazones de enamorados en dificultades. Entonces se nos extendía el permiso sin más trámites que el de algún otro consejito que nosotros tolerábamos sumisamente, así al propio comisario como al sargento de puerta.

Otras veces se equivocaban. Empezaban a temer por las gallinas del vecindario, y terminaban —luego de tremendas "amansadoras"— denegándonos el pasaporte. Sa-

líamos "como pollos" de aquella injusta asociación con las gallinas. Lo cierto es que mirando el asunto desde ahora, uno se pregunta cuántas veces semejante asociación pudo haber surgido en la mente policial, a propósito de alguno de tantos "abrojos" que se nos "pegaban" en las salidas y que allí estuviese, lejos de pensar angelicalmente en la novia —como era de ley— con la intención llena de gallinas. Gallinas o gallos, que de todo supieron levantar después, los disfrazados de "serenateros". Patos, y hasta chanchos llegaron a recoger!!

Con el permiso en la mano, uno se sentía hecho un general. No había cosa más linda que "refregárselo por las narices" a algún miliquito nuevo (o viejo, a veces) de esos que andan a la caza de gurises "infractores". En ocasiones, sólo por sacarnos ese gusto, nos poníamos a cantar frente a cualquier galpón, con tal que hubiésemos visto por allí a uno de estos busca desgraciados.

Andando sin permiso, la cosa cambiaba. Tratábamos de eludirlos. Cuando esto no era posible, tratábamos de "conversarlos". Si esto daba buen resultado, macanudo; seguía la "garufa". Si el resultado era adverso, macanudo también; resolvíamos "acatar pero no cumplir" la prohibición, y seguía la "garufa". La verdad es que si la policía nunca expresó su orgullo por tener a tan angelical muchacha bajo su custodia, nosotros hasta ahora nos jactamos de no haberle dado jamás el menor motivo para tocarnos siquiera la cuerda de una guitarra. Es que hay que admitir que inocentadas como aquellas, eran plantas para cultivar en el Treinta y Tres del tiempo donde y cuando ellas florecieron.

La extensión del recorrido dependía generalmente del número de integrantes del grupo, que era igual al número de ventanas o puertas a visitar. Generalmente; porque si bien el menor número debiera siempre suponer un más

reducido trayecto a recorrer, no faltó la ocasión de que se doblara, gracias a uno de esos amores "extraplanta urbana", que nos hizo caminar hasta cerca de la comisaría de Las Chacras o hasta allá atrás del cementerio. Parece mentira con qué buena voluntad hacíamos esas "maratones". Parece mentira que ni las cañas se le exigieran por aquel servicio al vaqueano de la ruta por entre semejantes andurriales. Y eso que volvíamos de por allá tapados de barro y abrojos; llenos de quejidos nosotros y los propios instrumentos. Menos mal cuando la serenata había sido para bien de aquellos amores "a la media legua"; media de ida y media de vuelta...

Lo común era que largásemos el primer canto por las inmediaciones del Matadero, y el último allá sobre el Hospital; barrios Floresta, Yermal, Plaza Colón, Las Ranas, Estación, Artigas, Cuartel, Olano, Lavadero, La Paja, España, etc., mediante. Una vuelta "en redondo" como se decía entonces y se dice ahora. El centro de esa circunferencia, era el Centro. Muy pocas veces hicimos el "radio"; menos el "diámetro". Siempre "por la tangente"...

Aunque siempre había una voz de reserva para los casos de mayor protocolo, lo común —y lo lógico— era que cada uno cantara donde le correspondía, aún a riesgo de que no le "correspondieran"... Y aquí una denuncia: hubo quien cantó en nombre propio varias veces una misma noche. Que la "policía" que se haga eco de esta denuncia, se encargue de averiguar las direcciones donde al hombre "se le abría el pecho". Y que el juez o la jueza que lo juzgue, tenga presente en su descargo, que tanto por la pieza elegida, como por el tono o... el no sé qué de la voz, era fácil deducir que en una de aquellas direcciones, cantaba de verdad; es decir... con ganas de quedarse allí cantando toda la vida. Pero que cantó varias veces una misma noche y en nombre propio, cantó. Hay verdades que no se pueden esconder.

Lo triste, lo realmente triste, era haber "echado el resto" en el canto, el acompañamiento y la dedicatoria, y cuando se estaba esperando el agradecimiento aterciopeado de la destinataria, irrumpía una "masculinaza" voz en tono "maldormido mayor":

—Hagan el favor de no molestar a la gente!

Y nada digamos, de cuando el vorazzón se hacía presente, apenas la música había hecho la introducción para que comenzara el canto. Era toda una afrenta para el cantor. Y qué afrenta, allí, donde él sabía que estaba la otra oyéndolo todo! Alguna vez hubo que gastar grandes esfuerzos para sujetar a uno de estos cantores ofendidos.

La dedicatoria tenía que ser en verso. Si a veces salía en prosa, era por el apuro. Pero hubo quien se lució dedicando. Como hubo quien lo echó todo a perder, con una dedicatoria tartamudeada o rabona. Pues como la dedicatoria era lo último —siempre que no hubiese “toros” — una mala dedicatoria salpicaba la mejor interpretación; del mismo modo que una más o menos pulida, solía salvar un desastre interpretativo. Porque también había grandes desastres de este tipo, dicho sea en honor al fiel recuerdo.

Entre nosotros eran muy pocos los que rascaban una milonga. Porque el Cuzco recién al final, empezó a sacar algo en la guitarra. Y Cascote ni al principio ni al final consiguió salir de dos o tres acordes del tango “Cuartito Azul” y de la milonga “Silueta Porteña”. Claro que con esos pocos acordes nosotros teníamos introducción y fondo para todo el repertorio, con sólo el ejecutantes adaptarlos al tiempo de la pieza que se cantaba. Todo esto, naturalmente, es parte del capítulo titulado “La tolerancia de un pueblo”, que integrará la Historia Completa del Departamento de Treinta y Tres.

Allá cada tanto nos reivindicábamos. Mejor dicho, nos reivindicaban. Nos reivindicaba el violín de un Beethoven Farrugia, el bandoneón de un Shwau, la flauta de un Ansín, la guitarra de un brasileño Geromil, la garganta de un Benjamín Carateguy. Aunque éstos eran verdaderos milagros, bastaba con que se repitieran de semestre en semestre, para que el prestigio que importaba una noche en su compañía, nos ayudara en las épocas de mayor crisis de valores artísticos.

Verdad sin vanagloria es que hubo amores que se alimentaron de nuestras serenatas. Tiempo, se alimentaron. Aunque... verdad sin falsa modestia es también, que los

hubo que murieron de inanición por culpa de tal alimento. Y quedan vinculadas en estas dos sencillas afirmaciones, nada menos que la vida y la muerte con aquellas pequeñas alegrías pueblerinas de un grupo de muchachos enamorados.

LA QUINTA DE OLIVERES

Pasó el tiempo. Decenios han pasado desde allá hasta aquí. Uno mira en derredor y le parece mentira estar tan y tan lejos de cosas tan cercanas. Porque allí están las viejas calles espaciosas, allí los balcones, allá la noche, la inmensa noche de Treinta y Tres. Estrellas, focos somnolientos, lejanos ladridos, silencio y silencio. Todo. Todo, hasta aquellas hijas legítimas del pueblo viejo que fueron las serenatas. Humildes, como todo lo de entonces. Inocentes, como los diecisiete años. Melancólicas, como todo lo que fue en la vida, y ya no es más que un recuerdo en el corazón...

... como a él le estaba permitida, le enseñó un día el Dr. Francisco N. Oliveres sobre uno de los hermanos más hermanos del hermano Yacobi de las Sierras. No lo mereció; digámoslo con franqueza, e hizo de que el ejemplo no sirva para nada. No lo mereció, como lo prueba la imposibilidad, la indiferencia, la inconsciencia con que lo dejó perder para siempre.

Y decir que aquello fue, mientras lució allí sumergido por los muertos solterigos, uno de nuestros más preciosos orgullitos. Una de esas cosas que no obstante estar permanentemente en todas partes, están permanentemente solicitando la atención. La Quinta de Oliveres la solicita ya a través de todos los sentidos. Es imposible eludir la atracción de su ambiente múltiple, siempre varios tonos por encima del conjunto aldeano sobre el cual se inserta. Es imposible evitar la tentación de sumergirse bajo las fragantes galerías arboladas de sus pasos. Es imposible resistirse al encanto de su voz recorriendo el paisaje de punta a punta en el franco pregón de los gurises venduleros. Es imposible eludir su perfume, su sabor, su peculiaridad concreta, si nos han espaciado por todas partes en pueblos, campos y carretilas, en todas las reuñi-